

CHARLES JOURNET: **La volonté divine salvifique sur les petits enfants.**  
Friburgi, Helv., 1958, 196 págs.

El autor de *L'Eglise du Verbe Incarné* desarrolla en este libro que presentamos su punto de vista, ya sustancialmente expuesto en la mentada obra, sobre el difícil problema de la suerte de los niños muertos sin bautismo. Con muy buen acierto el autor busca la solución en la solidaridad de estos niños con Jesucristo, que alcanza a todos los hombres y en cuyo plano se realiza el plan salvífico universal de Dios. Esta última tesis es la que ofrece la dificultad en el presente problema, hasta el punto de que alguien haya pensado que eliminaba la doctrina tradicional del limbo.

Para Journet, la benéfica solidaridad de los hombres con Jesucristo tiene dos vertiente: la natural y la sobrenatural. En el plano natural —único en que entran los niños muertos sin bautismo—, el Señor restaura la naturaleza humana; concretamente estos niños en este plano alcanzan por Cristo una “doble gracia”, correspondiente a la plenitud física y moral de su naturaleza humana: la resurrección al fin de los tiempos y la victoria definitiva sobre la concupiscencia en el instante de la muerte. En el plano sobrenatural, por causa de la Redención, Dios da (debe dar) a todos los hombres la moción sobrenatural por la que vencen la concupiscencia y debilidad humanas y se dirigen los hombres al fin sobrenatural con un acto personal responsable; pero este don, por su misma naturaleza, no se debe dar al hombre hasta que alcanza el uso de razón. Sin embargo, por el bautismo los niños pueden recibir la gracia de Cristo; ésta es un auxilio que trasciende la misma exigencia consiguiente a la voluntad salvífica en Cristo, por la cual Dios debe darlo al despertar el hombre al uso de razón. Tal es la síntesis de Journet, quien además se pronuncia sobre otros puntos relacionados con este problema; así, por ejemplo, tratando de la posible eficacia actual de los ritos prebautismales, en orden a una justificación sobrenatural del niño, se afirma máximamente optimista, llegando a dar valor, aun hoy, a la circuncisión judaica si es administrada de buena fe (pág. 98). En sendos capítulos trata de algunas desviaciones sobre la cuestión del bautismo de los niños, ya sea en el campo protestante, ya en el católico, y resume la docencia del Magisterio Eclesiástico sobre el bautismo de los niños haciendo ver la claridad y fuerza de los documentos y concluyendo, en consecuencia: “Nous n'hésitons donc pas à voir une déclaration de foi, dans la doctrine assurant que les petits enfants morts sans baptême ne peuvent entrer dans le Royaume des cieux, qui est la vie éternelle” (pág. 161). Este capítulo nos parece sumamente orientador y claro. En él encontramos también una acertada crítica del método que ha conducido a muchos a negar el limbo de los niños. Cierra la obra una breve exposición catequética, en forma de preguntas y respuestas, sobre el derecho a bautizar a los niños, una breve conclusión y los índices acostumbrados.

Con lógica perfecta el autor se nos muestra muy optimista respecto a la suerte de estos niños del limbo, cuya situación es la de estar privados de la gracia de Adán, estar vinculados a Cristo solamente en el plano natural y tener una simple ausencia (no privación) de la gracia sobrenatural de Cristo, de modo que su objetiva

privación de la visión no es experimentada por ellos como tal privación, ni como una pena y, consiguientemente, no se opone a un estado de felicidad. Pensamos que el autor ha enfocado bien el tema, al buscar ante todo y como punto de solución el entronque de estos niños con Cristo (por esta razón nos ha extrañado no haya citado a Bourdes, que en la controversia de los últimos años fué quien más claramente enfocó por aquí, aunque su solución sea otra). La conclusión es clara: "Ils sont rassemblés autour du Christ et conformés à lui en tant qu'il est devenu, par l'Incarnation rédemptrice, le Chef et le Réparateur de l'humanité, mais ils restent séparés du Christ en tant qu'il est en outre Principe du nouvel univers de la grâce et de la gloire" (pág. 40). Dentro de su enfoque nada hay que objetar a que con las debidas distinciones hable de una doble gracia concedida a los niños en el plan natural: el afianzamiento en el bien y la resurrección final.

Queda, empero, un punto capital que si bien está perfectamente colocado en la síntesis de Journet, no hemos visto, sin embargo, suficientemente explicado: el carácter de restaurador de la humanidad que atribuye a Jesucristo, y que contrasta con el de redentor en el plano sobrenatural, no sólo en la entidad de sus efectos, sino también en el momento en que se aplica a los seres humanos y, consiguientemente, al número de ellos a que llega. No creemos que piense Journet en un mérito natural, que tendría graves dificultades. Luego, ¿en qué fundamenta el que Cristo restaurara a la humanidad en el plano natural? No lo dice. Séanos, pues, permitido apuntar una sugerencia que quisiera estar de acuerdo con la síntesis de Journet: estos niños reciben estas perfecciones en cuanto debidas o por lo menos muy convenientes a su naturaleza humana, la cual quedó entitativamente íntegra a pesar del pecado de Adán. Pero la misma naturaleza humana no la tendrían estos niños, es decir, no existirían, si Dios no hubiese establecido el decreto de la Encarnación redentora. Por consiguiente, todo cuanto son en el orden natural lo deben a la Encarnación redentora.

En efecto: ante el pecado de Adán, podía Dios elegir entre la justicia estricta y la misericordia; según la primera, Adán y Eva merecían el infierno de fuego, y según la segunda (que fué el camino elegido) podían ser redimidos. Ahora bien; el camino de la justicia estricta, en el cual Adán y Eva no hubieran recibido ninguna ayuda gratuita de Dios, hubiera sido connaturalmente la extinción de la humanidad adamita en sus dos primeros individuos: el cambio repentino del estado de justicia original al de naturaleza caída connotaba unas dificultades de orden físico y moral (una tremenda desmoralización) prácticamente imposibles de remontar con las solas fuerzas humanas. En consecuencia, Adán y Eva hubieran muerto sin sucesión y castigados al infierno de fuego por ser personalmente responsables ambos de pecado actual. Después Dios hubiera tal vez creado otra humanidad... El camino de la misericordia de hecho fué prometido y realizado en Cristo, el Verbo que se encarna para redimir a la humanidad adamita. La misericordia empieza a manifestarse en la promesa de redención que salva de la desmoralización, y en los auxilios especiales (piénsese, por ejemplo, en el vestido que Dios les entrega al expulsarles del Paraíso, que bien puede significar esta idea) que Dios les da para que puedan hacer frente a las nuevas dificultades. Descartamos, pues, la hipótesis de una humanidad adamita que se desenvuelve generación tras generación en estado de pecado y sin redención, porque además de ser hipótesis difícil de explicar e innecesaria para la gratuidad de la Redención (basta haya otra hipó-

tesis posible: la de la justicia), presenta la dificultad de un modo de obrar de Dios si no absurdo, sí completamente ajeno al estilo divino, tal como aparece en las fuentes, y según el cual Dios permite los males y las destrucciones de su obra, en orden a lograr un bien mayor.

En esta hipótesis —que bien sabemos no tiene prueba definitiva y que hay que juzgar en cuanto hipótesis conforme a la analogía de la fe—, todos los miembros de la familia adamita, cuales son los niños muertos sin bautismo, deben incluso su misma existencia al decreto de la Encarnación redentora. Debiéndole la existencia, le deben los niños muertos sin bautismo los bienes que ordenadamente son consiguientes a la misma: los que consiguen en el limbo. (Cfr. *Lumen*, 1956, IV, donde explicamos largamente la teoría aquí resumida.) Los demás le deberán, además, la gracia sobrenatural recibida en el bautismo, ofrecida al llegar al uso de razón y correspondida o rechazada. Esta hipótesis nos parece que explica por qué Jesucristo preside así plenamente la creación humana en lo que los hombres tienen de orden natural y en lo que reciben en el sobrenatural, y puede aportar un poco de luz al problema teológico de los niños muertos sin bautismo y que van al limbo.

JOSÉ CAPMANY, Pbro.

CHARLES JOURNET: **Théologie de l'Église**.—Desclée de Brouwer.—Bruges, 1958, 444 págs.

El propio autor nos declara en el prólogo de este libro que es un resumen de sus dos volúmenes *L'Église du Verbe incarné*, de los que ha suprimido numerosos textos de Padres y del Magisterio y algunos de la Escritura, pero conservando la estructura y la perspectiva de dichos textos de modo que quede en pie su verdadera dimensión y la profundidad de sus enseñanzas. Pretende con este resumen hacer la doctrina más accesible, sin disminuirla; divulgarla —para utilizar su frase— sin vulgarizarla.

El autor ha introducido en este resumen un gran número de subtítulos, de ordinario de poca extensión, lo que le da a la obra un aspecto y hasta un estilo doctrinal de manuales catequísticos, como él mismo reconoce. La densidad de doctrina, por otro lado, hace que la lectura se vea forzada a seguir adelante con no mucha facilidad. Si recordamos la magnitud de los dos volúmenes de la obra extensa aquí resumida, comprenderemos lo difícil que es reducirla a 444 páginas, en un formato menor y con una tipografía mayor en general. Tal vez esto hace que esta magnífica obra aparezca *mucha obra* para los no teólogos y no bastante para los teólogos.

La *Théologie de l'Église* que nos presenta el profesor de Friburgo es auténticamente una Teología total de la Iglesia, de modo que no son los acostumbrados aspectos de los tradicionales tratados de *Ecclesia* los que aquí se presentan, sino cuantos valores teológicos tienen referencia con la Iglesia quedan sumariamente recogidos, ya sean de los tratados de *Gratia*, de *Redemptione*, de *Trinitate* o de *Mariología* y *Sacramentis*, aunque siempre bajo su perspectiva eclesiológica. Aunque conviene no olvidar que siempre con ese estilo catequístico, aunque doctrinalmente profundo, que hemos señalado.